

ACADEMIA Y CULTURA EN MESOAMÉRICA. ¿DOS REALIDADES?

Bernd Fahmel-Beyer*

La arqueología se ha vuelto en México una carrera bien establecida, y el soporte de muchas otras disciplinas que configuran a la antropología mesoamericana. Aunque el término Mesoamérica es de uso relativamente reciente (Kirchhoff 1943), el interés por la historia, etnografía, arte y viejos edificios se remonta al periodo Colonial. Una tradición en si misma, dicha arqueología ha incorporado un poco de todas aquellas escuelas que demostraron interés en su origen y desarrollo. Incluso el particularismo histórico, uno de los pilares de los enfoques tradicionales, se las ha arreglado con el evolucionismo adaptando el catastrofismo a la explicación de los cambios materiales en la *longue durée*. El esquema de desarrollo general se apoya en todo tipo de estudios materiales, cada uno de los cuales brinda criterios diferentes para fechar el registro arqueológico. Las “ciencias de laboratorio” han respaldado estas cronologías mediante otras técnicas de fechamiento como el Carbono14, la hidratación de obsidiana y la termoluminiscencia (García-Bárcena 1974, Bernal 1979, Jorner 1987).

Para entender cómo llegaron a ser las sociedades del siglo XX, tanto los arqueólogos como los antropólogos han enfocado la diversidad humana y las razones que explican su fenomenología. Con enfoques tradicionales y evolucionistas en los extremos de su quehacer intelectual, han observado continuidades y transformaciones en los materiales y aquello que cambia en situaciones de *stress*. Desafortunadamente el tema de la complejidad social ha tendido a ser abordado desde un punto de vista empírico para evitar, quizá, conflictos o choques de ideologías (Rowlands 1997: 1). Si la realidad social, empero, en efecto se consi-

tituye como un intento por encubrir antagonismos (Ibid: 3) y sus participantes configuran “conjuntos booleanos de símbolos culturales” una metodología científica debería ofrecer la posibilidad de identificar la manera como los actores sociales crean ficciones simbólicas para domesticar el conflicto reprimido. Debido a que la mecánica contenida en los estudios evolucionistas implica que las sociedades pasadas fueron diferentes a las que se conocen etnográfica o históricamente, el entendimiento de las condiciones que favorecen la aparición de numerosas experiencias aceptadas también permitiría un enfoque dialéctico para la comprensión de niveles consecutivos en el desarrollo social. En términos de proceso esto significaría pasar de la descripción de situaciones que parecen análogas a las actuales hacia la concatenación de condiciones cuya dinámica esta influida por circunstancias históricas. Regiones geográficas caracterizadas por numerosos “conjuntos de símbolos culturales” plantean un reto adicional si se considera que sus componentes participan dentro de diferentes ambientes culturales. Para analizar las relaciones entre estos “conjuntos culturales” y sus cambios a través del tiempo se requiere la decodificación de los textos materiales (Funari 1999) considerando su carácter polisémico sin olvidar, empero, que los hechos históricos trascienden el orden provocando mutaciones en los lenguajes no verbales.

A pesar de las posibilidades que abre esta perspectiva, tanto los arqueólogos mesoamericanistas tradicionales como los evolucionistas han adoptado una hermenéutica funcionalista para dar significado a sus materiales. Como señala Rowlands (1997: 10), “el énfasis puesto en el contexto en la arqueología interpretativa...tiende al ser examinado a disolverse en una serie de declaraciones estructuralistas – tales como definir el contexto como ‘la totalidad de las dimensiones relevantes de variación

(*) Instituto de Investigaciones Antropológicas, Universidad Nacional Autónoma de México.

en torno a cualquier objeto singular' (Hodder 1986), o los contextos arqueológicos son en si mismos un producto de los códigos disciplinarios instalados para producir conocimientos específicos, y estos tienen efectos sobre aquellos que los crean, utilizan e interpretan (Tilley 1993)". En consecuencia han sobresimplificado el esquema de desarrollo general para reducir los conflictos entre sus fuentes de información, dejando fuera aspectos que ahora se han vuelto armas de las poblaciones indígenas que claman por una identidad propia.

Los arqueólogos y antropólogos también han estudiado las identidades desde el punto de vista teórico, considerando a la diversidad cultural como una ventaja adaptativa de sistemas culturales bien desarrollados. Como una alternativa al unilinealismo, la evolución multilineal (Steward 1953) ha redituado en un marco mucho más amplio para la antropología mesoamericana, y en una manera de entender su dinámica a través de todo tipo de estudios procesuales. Al mismo tiempo, el concepto de 'co-tradición' puso en un mismo mapa a esta área y otras áreas culturales de las Américas. Como señalan G. Willey y Ph. Phillips (1958:35), "el énfasis implicado en el 'co-' está en la vinculación de culturas completas, cada una con su historia propia y tradiciones persistentes, y en el área en el que ocurren dichos vínculos. Así, en términos de contenido, el área de co-tradición implica un engrandecimiento considerable con respecto a la tradición simple puesto que ya no se restringe a un solo desarrollo tecnológico y se transforma en un amplio continuo cultural"¹ A nivel de maduración metodológica, sin embargo, el trasfondo conceptual e informativo acumulado por estas disciplinas y la riqueza del hallazgo arqueológico cotidiano nunca permitieron confrontar el empirismo, dando la impresión a generaciones más jóvenes que el hallazgo trae fama, riqueza y gloria al explorador afortunado. A una escala menor, el desarrollo político, económico y turístico del hemisferio ha vuelto el hallazgo de objetos antiguos en una fuente de vida para los pobres que viven en

el campo. Dentro de la Academia, por su parte, la hermenéutica funcionalista ha llevado a muchos a la conclusión de que "ya todo se conoce", y que por ende no hay razones para efectuar futuras investigaciones.

La arqueología oaxaqueña reproduce en pequeño la filosofía que sostiene al área cultural en su conjunto. El enfoque multilineal ha ofrecido la oportunidad de trabajar con los vestigios de más de quince grupos lingüísticos, y de contrastar los materiales que supuestamente conciernen las esferas política, económica y religiosa de sus sociedades (cfr. Paddock 1966, Winter 1990). Dicha teoría ha permitido también discutir el papel hegemónico y el progreso unívoco de las culturas dominantes, e impulsado el estudio de regiones poco conocidas (cfr. Paddock 1974). En lo metodológico, sin embargo, aún son raros los estudios semiológicos sobre la variabilidad interna y la dinámica del intercambio de componentes entre distintos ambientes culturales. Enfrascados dentro de una agenda esencialmente clasificatoria, los arqueólogos nunca reaccionaron frente al postulado básico que R. Blanton, S. Kowalewski y sus colegas introdujeron a los estudios de superficie. Fue así que se popularizó la idea que "no puede haber dos fases al mismo tiempo en el mismo lugar"² Según G. Willey y Ph. Phillips, quienes discutieron en extenso el instrumental conceptual de la arqueología americana, la fase es "una unidad arqueológica que posee rasgos suficientemente característicos para distinguirla de todas las demás unidades concebidas de igual manera,...limitada espacialmente al orden de magnitud de una *localidad o región* y cronológicamente a un intervalo temporal relativamente corto" (1958: 22).³ El punto de vista de A.V. Kidder parece ser algo más abierto (Ibid: 22), pues considera a la fase como "un complejo cultural que posee rasgos suficientemente característicos para distinguirlo con propósitos de...clasificación, de manifestaciones más tempranas y tardías del desarrollo cultural del que formó parte, y de *otros complejos contemporá-*

(1) "The emphasis implied in the 'co-' is on the linkage of whole cultures, each with its own history and persistent tradition, and on the area in which this linkage takes place. Thus the area co-tradition is a vast enlargement over the simple tradition in terms of content, since it is no longer confined to a single technological development but becomes a broad coalescent cultural continuum"

(2) "There cannot exist two phases at the same time in the same place"

(3) The phase is "an archaeological unit possessing traits sufficiently characteristic to distinguish it from all other units similarly conceived, ... spatially limited to the order of magnitude of a locality or region and chronologically limited to a relatively brief interval of time"

neos”⁴ Entonces, el problema que surge de estas definiciones es ¿cómo situar complejos contemporáneos dentro de una y la misma localidad o región, si estas unidades espaciales y conceptuales se constituyen sobre la base de un complejo arqueológico en particular? Más aún, ¿cómo hemos de entender las relaciones entre unidades o entre los segmentos de una secuencia si el propósito de estas definiciones es la unidad en si misma? Para resolver este acertijo es necesario contemplar al *componente* (Id) como la unidad básica de análisis, y tornar luego al complejo espacial y temporal como continente de numerosos componentes. Aunque corremos peligro de fragmentar demasiado nuestras unidades analíticas, este parece ser el único camino para superar el reduccionismo y darle un lugar a la complejidad en nuestro discurso sobre el pasado. Los problemas no faltarán en esta aventura, y vendrán sobre todo de aquellos que no puedan abrir sus unidades arqueológicas por miedo a perder sus derechos feudales sobre estos territorios o líneas de investigación.

Ahora bien, si el problema es la manera como la arqueología ha enfrentado las unidades culturales en la teoría y en la práctica, los ejemplos que siguen ofrecerán una manera diferente de abordar la complejidad social. Para ello enfocaremos la cuenca de México y los valles centrales de Oaxaca, y la dinámica entre sus componentes culturales durante momentos específicos de su historia.

Entre los años 900 y 1300 d.C., el centro de México recibió una serie de inmigrantes de otras regiones de Mesoamérica, muchos de los cuales son nombrados en las fuentes documentales. Sin embargo, solo algunos de estos escritos mencionan la secuencia precisa de su arribo a la cuenca. Por otra parte, los recorridos del área han permitido definir dos grupos de asentamientos con base en la cerámica asociada (Figuras 1 y 2). Asumiendo que la historia de inmigración fue bien apuntada por los cronistas indígenas y españoles, los arqueólogos han distinguido temporalmente a dichos asentamientos, colocando los toltecas en la primera parte del horizonte Postclásico y los azte-

cas I-II en la segunda (cfr. Alden 1979). Poca atención se puso al hecho que su distribución complementaria señala en el sentido contrario, es decir, que el desarrollo simultáneo de grupos culturalmente distintos contribuyó a la complejidad social del imperio azteca y su Triple Alianza. Como lo indican las figuras 1 y 2, las zonas de asentamiento no solo se complementan sino que también se traslapan, dando cabida al estudio de los materiales arqueológicos desde un punto de vista semiológico. Más importante, si Tula fue la cabeza de una gran confederación tolteca mientras que los tipos cerámicos azteca I-II fueron compartidos por una serie de señoríos que luchaban por el poder, ¿qué significa la presencia-ausencia de dichos tipos cerámicos en unos u otros asentamientos? Trabajos recientes en la cuenca de México han demostrado que ámbos grupos cerámicos aparecen en los mismos estratos, y por lo tanto fueron contemporáneos (Fahmel 1987, Parsons 1993). En la medida que se avecina una nueva interpretación resulta necesario revisar la arqueología de otras regiones del mundo (cfr. Funari 1998, Wüst 1999) y evaluar las implicaciones del estudio de sociedades multi- y pluriétnicas.

Una situación similar se presenta en la arqueología de los valles centrales de Oaxaca, en el centro sur de México, donde la información sobre los materiales recobrados en superficie fue combinada con la secuencia cerámica de Monte Alban, el sitio más explorado de la localidad. El resultado de dicha unión fue una larga historia ocupacional que según sus autores refleja el poder de las élites para reacomodar periódicamente al campesinado. Según los mapas del Valley of Oaxaca Settlement Project (Kowalewski *et al.* 1983), alrededor del año 400 d.C. Monte Alban IIIA encabezaba un patrón ocupacional homogéneo en las tres ramas de los valles centrales. Posterior, y repentinamente, Monte Alban IIIB habría reducido su presencia a la porción occidental de los valles. Dos siglos después, se nos dice, el agotamiento de las tierras de cultivo habría conducido a las élites de Monte Alban IV a cambiar sus ideas y reocupar el sector oriental de los valles, abandonando la zona de asentamiento occidental (Figuras 3 y 4). Curiosamente las dos zonas de asentamiento se excluyen casi totalmente, mientras que su combinación es perfectamente complementaria (Fahmel 1986). Resulta claro, por lo tanto, que la interpretación en cuestión ha abusado del registro arqueológico y malen-

(4) A phase is “a cultural complex possessing traits sufficiently characteristic to distinguish it for purposes of ... classification, from earlier and later manifestations of the cultural development of which it formed a part, and from other contemporaneous complexes”

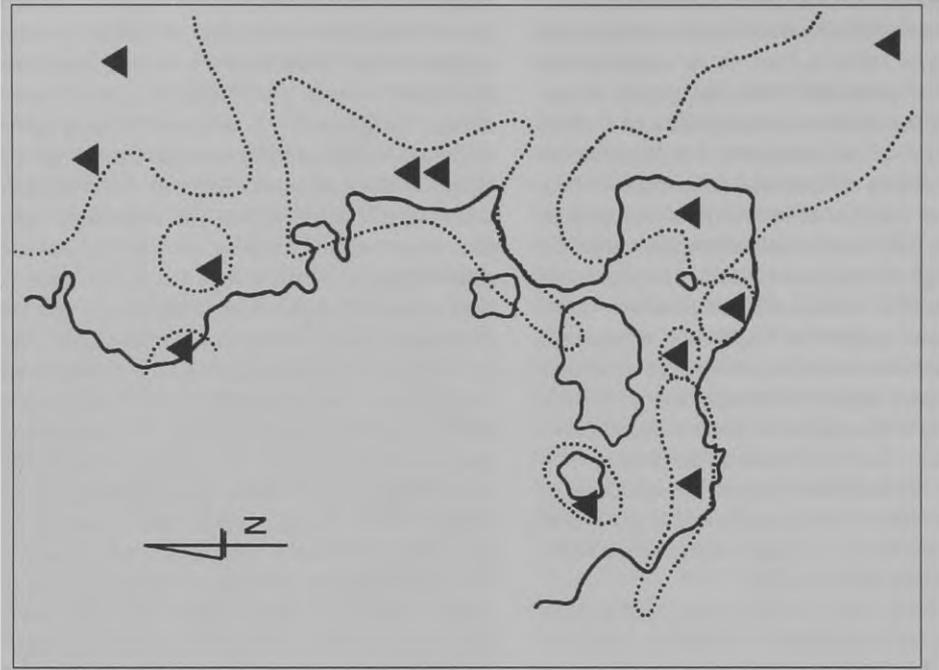


Figura 2 – Cabeceras y zonas de asentamiento de la fase azteca temprana en el sureste de la Cuenca de México.

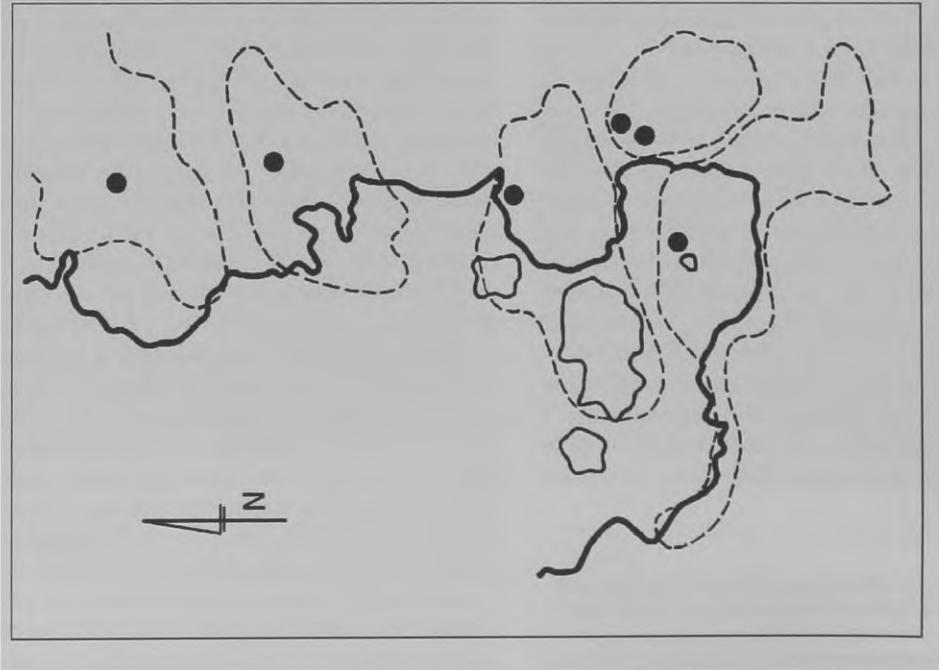


Figura 1 – Cabeceras y zonas de asentamiento de la fase tolteca tardía en el sureste de la Cuenca de México.

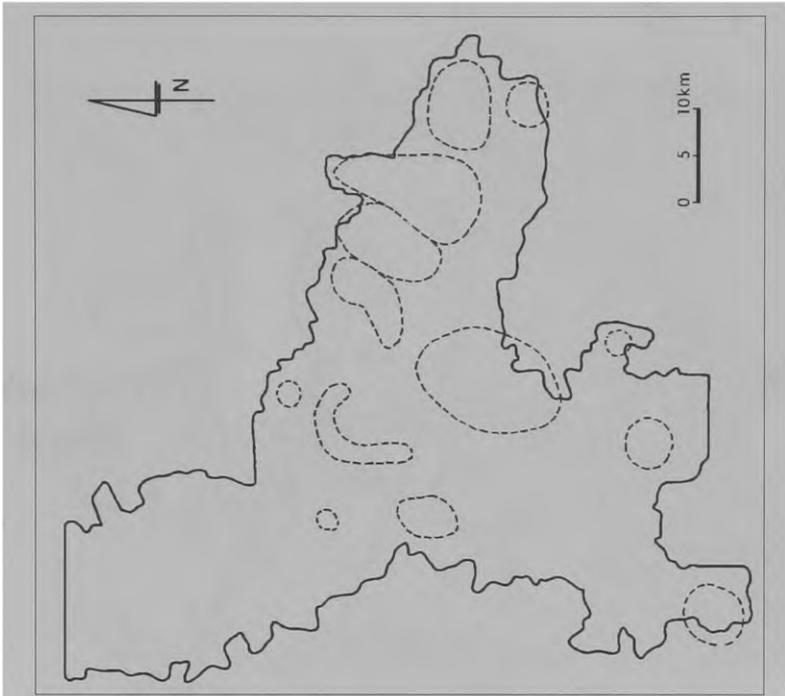


Figura 4 – Zonas de asentamiento IV en los valles centrales de Oaxaca.

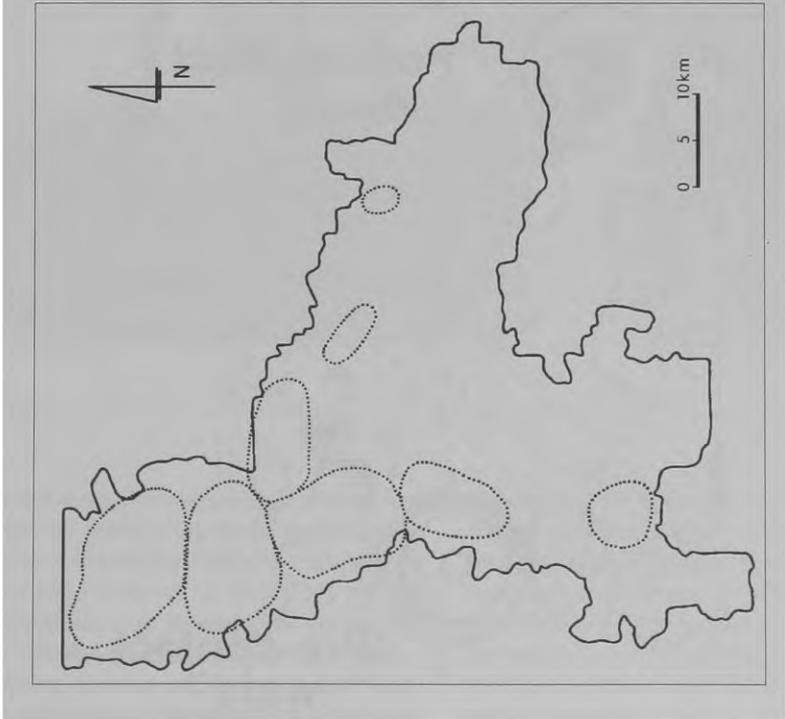
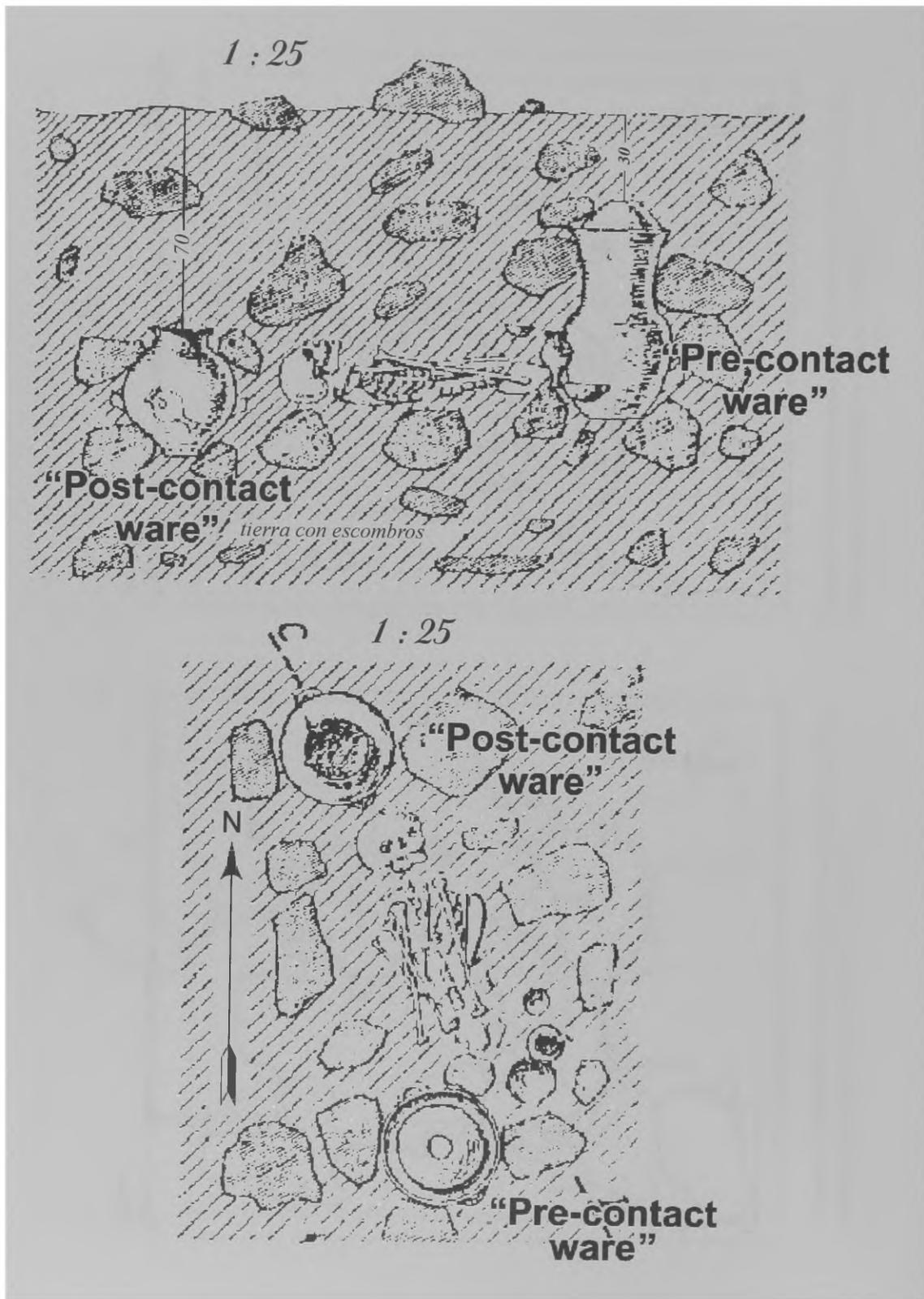
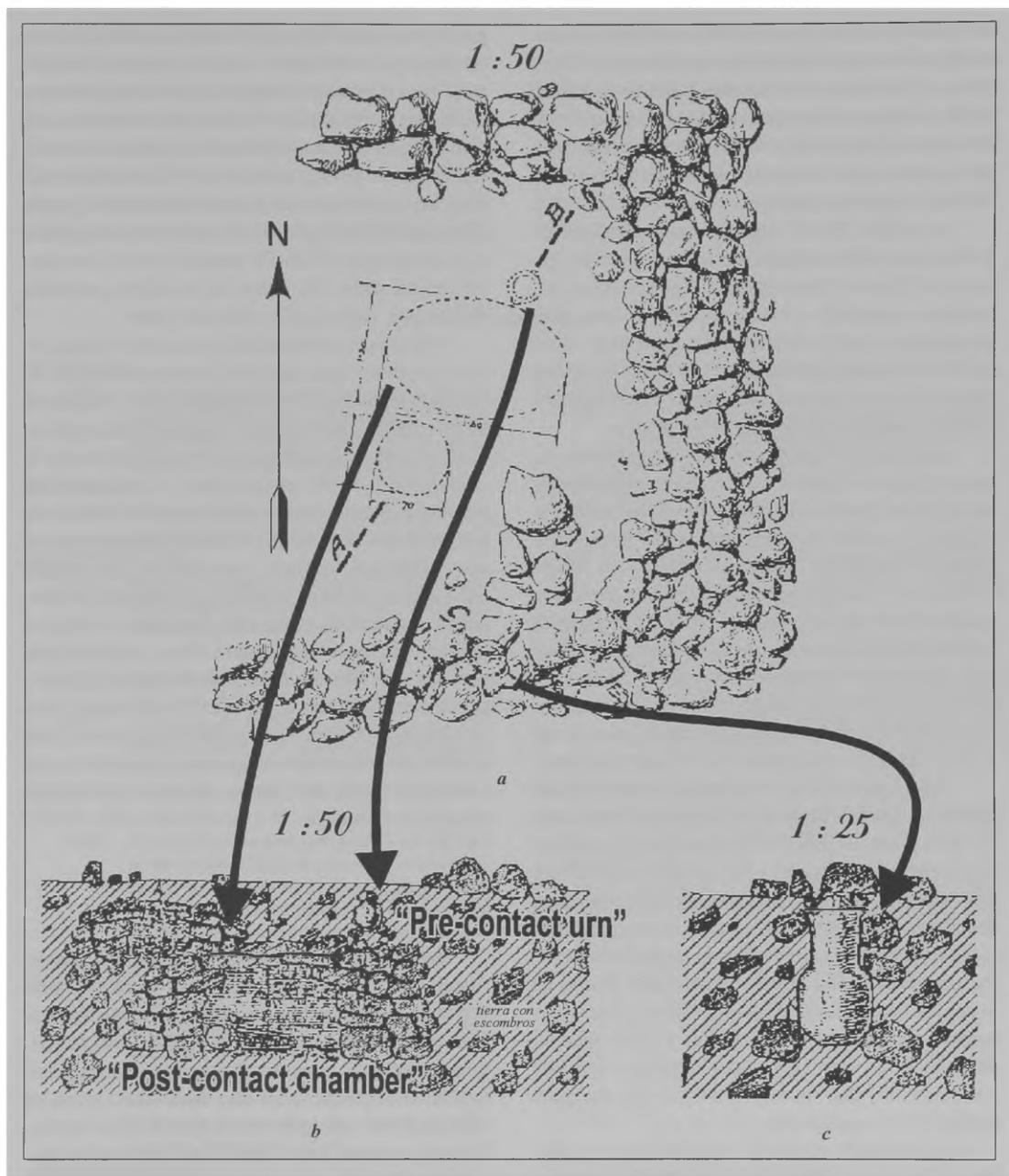


Figura 3 – Zonas de asentamiento IIIB en los valles centrales de Oaxaca.





tendido la mecánica de los procesos evolutivos con el fin de dar por probada una teoría en particular. El que Monte Alban IIIB y IV hayan sido parte de una unidad cultural mayor se deriva del análisis de sus componentes y de las relaciones que los lenguajes no verbales exhiben entre sus materiales.

Oaxaca es, quizá, la región con el culto funerario más elaborado en Mesoamérica. Este culto

incluye una rica tipología de tumbas, numerosas vasijas en forma de dioses, sacerdotes e individuos de rango elevado, lápidas funerarias y pinturas murales. Las excavaciones en Monte Alban han descubierto más de 200 tumbas y pinturas policromas que pertenecen al periodo Clásico, 400-900 d.C. En los valles, algunos sitios de ámbos sectores de la unidad temporal y espacial IIIB-IV compartieron

este estilo, mientras que otros desarrollaron un estilo rojo sobre blanco que continuaría durante el Post-clásico. Este último no ha sido hallado en Monte Alban excepto en una tumba clásica reocupada tardíamente. El estilo rojo sobre blanco también tiende a asociarse con plantas en forma de *T* usadas en tumbas y edificios mayores.

La unidad IIIB-IV también muestra el predominio de un estilo arquitectónico en los valles centrales de Oaxaca. Sin embargo, algunos sitios empezaron a cambiarlo o a enriquecerlo con meandros geométricos que posteriormente derivaron en un estilo de mosaico exuberante. Es interesante que muchos de estos sitios incorporaron en sus construcciones el estilo pictórico rojo sobre blanco.

Los relieves en piedra fueron muy comunes durante el periodo Clásico, exhibiéndose generalmente en lugares abiertos. Durante la unidad IIIB-IV, empero, apareció un nuevo estilo escultórico que enfatizó escenas de carácter dinástico. En Monte Alban estas esculturas también fueron expuestas abiertamente, mientras que en los dos sectores de los valles los sitios asociados al estilo rojo sobre blanco las colocaron en lugares cerrados y dentro de las tumbas. Estos desarrollos parecen coincidir con cambios en la naturaleza del sistema calendárico oaxaqueño y el uso de dos o más grupos de portadores del año.

Los tipos cerámicos se ajustan a patrones de uso generales, si bien las variantes y las proporciones entre los tipos cambian entre los dos sectores y los distintos asentamientos (Winter 1989, Feinman *et al.* 1990). Más aún, el uso no consistente de algunos elementos decorativos en objetos de apariencia estandarizada sugiere la existencia de circuitos de producción y consumo cerámico claramente diferenciados dentro de la unidad geográfica combinada. Cómo variaron las habitaciones de uno y otro sector, y como jugó su adaptación ambiental con otras variables culturales son preguntas que todavía requieren de una gran cantidad de investigación.

De estos materiales se puede deducir la existencia de ciertas correlaciones, pero aún desconocemos su significado. Los hallazgos de superficie sugieren que la unidad IIIB-IV consistió de dos esferas cerámicas, pero es obvio que las técnicas de campo están separando al registro arqueológico de manera demasiado simplista. Como indican los análisis de Feinman y Winter (*Ibid*) nos encontramos ante un gran mosaico, donde los contenidos cerámicos varían más por la tecnología y las proporciones relativas que por una diferenciación tem-

poral y espacial. El uso de componentes similares en distintas asociaciones indica, además, una situación mucho más complicada que la sugerida por G. Willey y Ph. Phillips (1958) a nivel teórico. En este sentido resulta prioritario establecer la naturaleza de las fronteras sociales y las condiciones bajo las cuales interactuaban los distintos grupos (Eisenstadt 1991), pues bien sabido es que la unidad espacio-temporal IIIB-IV terminó con el abandono de casi todos los sitios de los valles centrales de Oaxaca, incluyendo a Monte Alban.

Volviendo al tema inicial de este trabajo, resulta evidente que nuestros instrumentos de investigación actuales están atados a una visión del mundo reduccionista, y que ninguna teoría explicará el registro arqueológico si esta visión niega la complejidad desde un principio. A primera vista parecería que un análisis componencial brinda más posibilidades de entender el pasado material que el uso tradicional de fases y secuencias. Un estudio semiológico de los componentes culturales, sin embargo, requiere de una visión clara del complejo o universo del que forman parte. Pero, ¿cómo hemos de nombrar e identificar a dicho complejo? ¿Cuáles deben ser sus límites espaciales y temporales? Una vez que resolvamos estas preguntas será más fácil abordar las sociedades del pasado y monitorear sus cambios a través del tiempo, dándole sentido a la noción de evolución.

Conclusiones

En un mundo confuso, que maneja tantas fuentes de información diferentes, parecería que son las esencias las que conducen al verdadero conocimiento de las cosas. No es el individuo, el grupo o la sociedad, empero, quienes nos darán el entendimiento ya que cada uno de ellos se torna en ilusión al ser valorado con respecto a los demás. Es una paradoja, pues, que dichas esencias se inscriban en las relaciones que articulan a los distintos cuerpos entre sí y con las condiciones que permiten su interacción. En este juego no es el binomio cultura-naturaleza el que importa, sino la conjunción de ambos dentro de una teoría que responda a la naturaleza misma del ser humano.

Dos ejemplos de la arqueología mesoamericana, entre muchos otros que pudieran citarse, ilustran la manera como se ha manipulado el registro arqueológico con base en categorías culturales pre-

determinadas. El arqueólogo participa en esta manipulación consciente o inconscientemente según sus compromisos laborales e intelectuales, y sus vínculos con determinados grupos académicos y sociales. Esto no está mal, si así es como funciona el mundo. Como indican Ribeiro y Gomes (1996), el etnophilismo y el etnocentrismo son los mecanismos que unen o separan a las personas y a las naciones. Sin embargo,

cuando hacemos ciencia es necesario evitar la manipulación y estar conscientes del contenido y de las limitaciones de nuestros conceptos teóricos y metodológicos. Más aún, es necesario ventilar los errores acumulados a través del tiempo si queremos cerrar el hueco entre el investigador y su objeto de estudio, y restaurar la credibilidad en lo que tenemos que decir sobre el pasado.

Bibliografía

- ALDEN, J.R.
1979 A reconstruction of Toltec period political units in the Valley of Mexico. C. Renfrew; K.L. Cooke (Eds.) *Transformations: Mathematical approaches to culture change*. New York: Academic Press.
- BERNAL, I.
1979 *Historia de la Arqueología en México*. México D.F: Editorial Porrúa S.A.
- EISENSTADT, SH.
1991 Beyond Collapse. N. Yoffee; G.L. Cowgill (Eds.) *The Collapse of ancient states and civilizations*. Tucson, The University of Arizona Press: 236-243.
- FAHMEL, B.
1986 Tradición e identidad en la arqueología del Valle de Oaxaca. *Anales de Antropología*, 23: 29-50.
1987 La cuenca de México: ¿Sociedad compleja? *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, 32 (1): 189-205.
- FEINMAN, G.M.; BANKER, S.H.; COOPER, R.F.; COOK, G.B.; NICHOLAS, L.M.
1990 A multi-dimensional perspective on changes in the ancient Oaxacan grayware ceramic tradition. Y. Sugiura; M.C. Serra (Eds.) *Etnoarqueología: Primer Coloquio Bosch-Gimpera*. México, Universidad Nacional Autónoma de México: 371-410.
- FUNARI, P.P.A.
1998 A Arqueologia de Palmares. Sua contribuição para o conhecimento da História da cultura afro-americana. *Studia Africana*, 9: 175-188.
1999 Historical Archaeology from a World Perspective. Funari, P.P.A.; M. Hall; S. Jones (Eds.) *Historical Archaeology, Back from the edge*. Londres, Routledge: 37-66.
- GARCÍA-BÁRCENA, J.
1974 *Fechamiento por hidratación de obsidiana*. Colección Científica no.17, México D.F, Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- JORNET, A.
1987 La cerámica en la arqueometría: las ciencias naturales al servicio de la arqueología. *Antropología y Técnica*, 2: 99-118.
- KIRCHHOFF, P.
1943 Mesoamérica: sus límites geográficos, composición étnica y caracteres culturales. *Acta Americana*, 1: 92-107.
- KOWALEWSKI, S.A.; FEINMAN, G.; FINSTEN, L.; BLANTON, R.E.
1983 Tres mil años en el Valle de Oaxaca: un estudio regional de asentamientos prehispánicos. *Anales de Antropología*, 20: 27-74.
- PADDOCK, J.
1966 *Ancient Oaxaca*. Stanford: Stanford University Press.
1974 *Mesoamerica is not the Valley of Mexico*. Trabajo leído en el XLI Congreso Internacional de Americanistas, México.
- PARSONS, J.
1993 *Are Aztec I ceramics Epiclassic? The implications of early radiocarbon dates from three Aztec I deposits in the Basin of Mexico*. Trabajo leído en el XIII Congreso Internacional de Ciencias Antropológicas y Etnológicas, México.
- RIBEIRO, D.; GOMES, M.
1996 Ethnicity and Civilization. *Dialectical Anthropology*, 21 (3/4): 217-238.
- ROWLANDS, M.
1997 Teoría de la Arqueología: tendencias recientes e implicaciones futuras. Manuscrito.
- STEWART, J.
1953 Evolution and Process. A.L. Kroeber (Ed.) *Anthropology Today*. Chicago, University of Chicago Press: 313-326.
- WILLEY, G.R.; PHILLIPS, Ph.
1958 *Method and Theory in American Archaeology*. Chicago: University of Chicago Press.
- WINTER, M.
1989 From Classic to Post-Classic in Pre-Hispanic Oaxaca. R.A. Diehl; J.C. Berlo (Eds.) *Mesoamerica after the decline of Teotihuacan A.D. 700-900*. Washington D.C., Dumbarton Oaks Research Library and Collection: 123-130.
- WINTER, M. (Comp.)
1990 *Lecturas históricas del estado de Oaxaca. Vol. I: Epoca prehispánica*. México D.C. Instituto Nacional de Antropología e Historia y Gobierno del Estado de Oaxaca.
- WÜST, I.; BARRETO, C.
1999 The ring villages of Central Brazil: a challenge for American archaeology. *Latin American Antiquity*, 10 (1): 3-24.